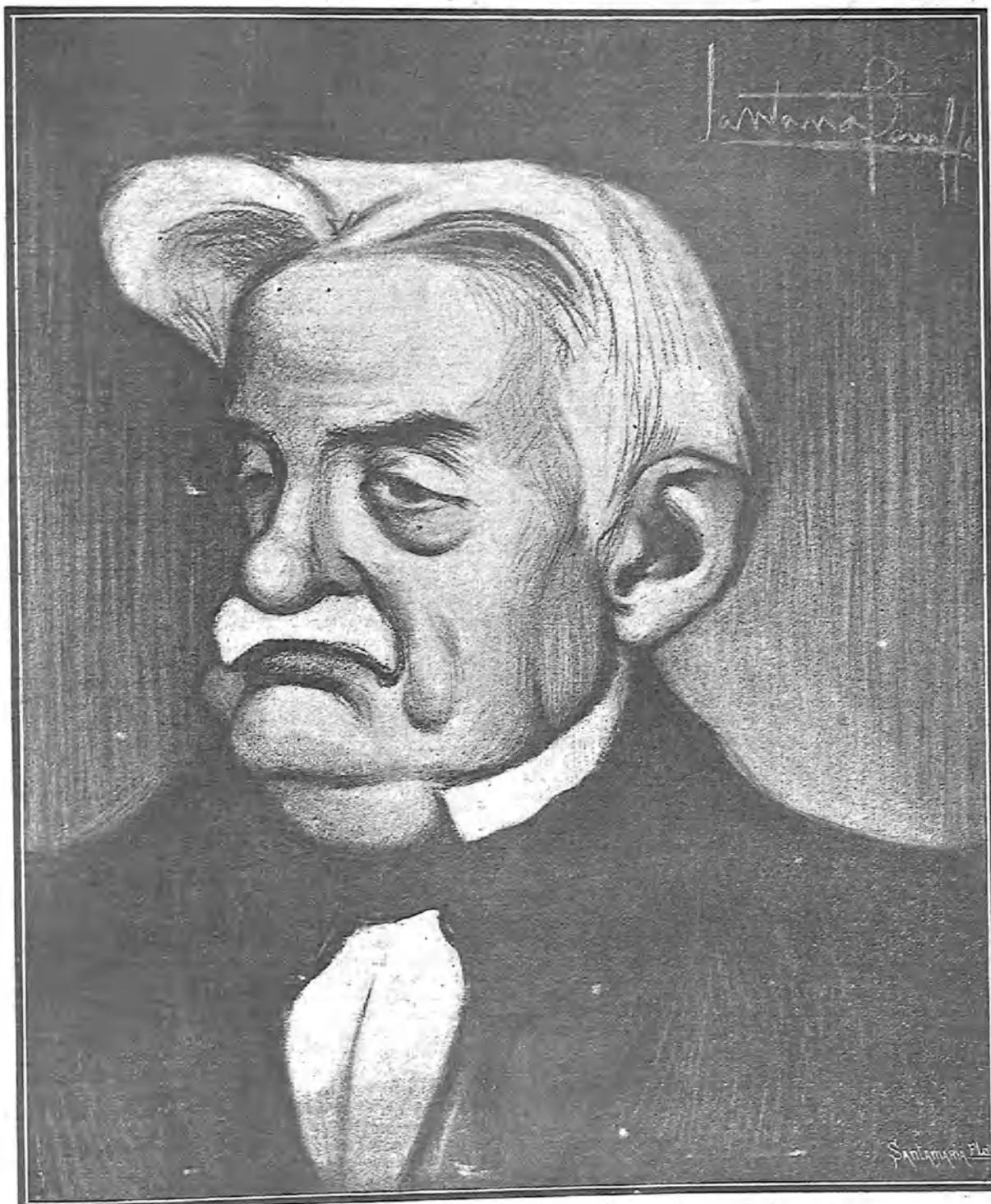




Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA

Juàn Valera, Caricatura de SANTANA BONILLA



Cuando Cervantes murió
su pluma desapareció
por donde los astros van,
¿Y sabéis quién la encontró
tres siglos después? Don Juan.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—De acuerdo, pero... por Félix Llamendouze.—Tardes de invierno, por Agustín García Cano.—Con la intención basta, cuento baturro, por Alberto Casanál Eshbery.—Un crítico novel, por Tomás Carretero.—Al embudo imperial, por Juan Pérez Zúñiga.—Pallone, por Clara.—Desde la primera caja, habladorías teatrales, por Un paisano de Ramón y José de la Loma.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Juan Valera, caricatura de Santana Bonilla.—En el estudio y Frute del tiempo, por Méndez Álvarez.—A solas, por Tur.—Sobre el arte dramático, conferencia, por Santana Bonilla.—Como el amor es ciego..., historieta, por Rojas.—Revista Económica, por Leal de Cámara.—Los monopolios, por Echevarría.



DE TODO UN POCO

—¿Es verdad que le han registrado a usted la casa?
—Sí, señor.
—¿Pero, es usted carlista?
—Diré a usted, yo ante todo soy agradecido y como le debo muchos favores a doña Paca, que estuvo de cantinera en el 2.º navarro, por eso defiendo al Pretendiente.
—¿Y sería usted capaz de empuñar las armas?

—¡Ya lo creo!... Ante todo la gratitud. Hay, en efecto, una porción de carlistas que no saben lo que definden ni se han parado a pensar en lo que significa la palabra absolutismo, pero que se dejarían hacer gigote por D. Fulano ó D. Perengano.

Se de uno que se ha afiliado al partido del Pretendiente, sólo porque Mella le pagó el café estando una tarde en la cervecería de la Carrera de San Jerónimo.

Y yo mismo estuve a punto de apuntarme en sus listas, cuando tuvo la bondad de escribir un artículo encomiástico de una novela mía en *El Correo Español*.

Las personas agradecidas llegamos a ser perjudiciales y molestas. Yo he tenido la desgracia de hacerle un favor a un D. Lucas, sastre retirado, y él, que es agradecido como pocos, me colma de atenciones donde quiera que me vé.

Si me encuentra en la calle, viene hacia mí con los brazos abiertos y me estrecha afectuosamente contra su corazón; si estoy en el teatro y entra él, no repara en que ha empezado la función y comienza a saludarme a gritos y a hacerme preguntas cariñosas.

La otra noche me vió en Apolo, cuando el estreno del *Corneta de órdenes*. Yo estaba en la fila 4.ª y él en la décima.

—¿Qué tal? ¿Sigue usted mejor? ¿Se le ha aliviado a usted el vientre? ¿Ha recibido usted el queso que le remití? ¿Quiere usted que vayamos luego a tomar un chocolaito?

Todo esto me lo decía a voces desde su butaca, mientras la orquesta ejecutaba la sinfonía; y si no es por un capitán de húsares que se sentaba a su lado y le obligó a sentarse, hubiera seguido hablando hasta que descorriesen el telón.

Los obsequios que me tributa este hombre agradecido y feo, llegan a causarme espanto y yo huyo de él como de un toro.

En cierta ocasión iba yo por la calle de la Cruz acompañando a una señora poetisa, contemporánea de mi madre, que había venido a pedirme una recomendación para que la publicaran versos en *MADRID CÓMICO*, y tuve la desgracia de encontrarme de manos a boca con D. Lucas.

—¡Amigo del alma!—dijo, y me estrechó contra su seno según costumbre. Después clavó sus ojos en la buena señora y dejando asomar una sonrisa picaresca, le dijo:

—Quiéralo usted mucho, que es muy buena persona... Ya me es usted simpática, sólo por el hecho de mantener relaciones con esta persona. Abur y que sean ustedes muy felices.

Don Lucas estrechó la mano de la señora, que se quedó como quien vé visiones, y yo no pude menos de decirle:

—Perdónele usted; el pobrecito está loco.

Al día siguiente D. Lucas entró en mi casa todo sofocado.

—¿Estamos solos?—preguntó con acento melodramático.—Los amigos son para las ocasiones... ¡Su amante le engaña miserablemente!

—¿Mi amante?

—Sí; la que iba con usted por la calle de la Cruz. Acabo de verla en el café de la Luna, tomando leche merengada con un hombre desconocido y un perro.

—Será su marido.

—¿Quién? ¿El perro?

—No, el otro.

—¿Ah, pero es casada?

—Sí, señor.

—En ese caso no tengo nada que decir, pero le aconsejo que viva prevenido. ¡Las relaciones con casadas suelen traer consecuencias horribles!

Entonces tuve que convencer a D. Lucas de qué entre aquella se-

ñora y yo, no existían más lazos que los de una amistad pura y desinteresada.

Soy una víctima de la gratitud de aquel hombre aborrecible.

Hace tres ó cuatro meses fué a decirme a mi casa:

—Quiero que hoy comamos juntos, por ser el cumpleaños de mi señora. No admito disculpa. A las siete le esperamos a usted.

—Pero...

—Nada, nada; a las siete. No aumentaremos ningún plato; usted es como de la familia... Adiós.

—Oiga usted...

—A las siete.

Y echó a correr calle abajo, sin darme tiempo para defenderme. A la hora marcada entré en el domicilio de D. Lucas, que salió a recibirme en mangas de camisa.

—Ya vé usted con cuanto franqueza le tratamos—me dijo—quítese usted la cazadora que hace mucho calor.

Y abalanzándose a mí, me dejó en paños menores. Después me presentó a su señora, que se había quedado en cámara para darme una prueba de franqueza, y luego me condujo al comedor.

—¡Pepa!—gritó alegremente llamando a la criada—saca la sopa.

La criada se presentó a los pocos minutos con una soperá que parecía un pozo artesiano.

—Ea, a comer, y nada de ceremonias—dijo D. Lucas cogiendo mi plato y vertiendo en él cuartillo y medio de sopa.

—¡Hombre, por Dios!—exclamé—¿a dónde va usted con tanta sopa?

—Aquí se viene a comer, porque en esta casa mandó yo ¿cómo se entiende? ¿Va usted a tratarnos con ceremonias?

—Pues no faltaba más—añadió la esposa de D. Lucas.—A usted le queremos muchísimo y nunca olvidaremos el favor que nos ha dispensado... ¡Pepa! Trae una almohada para D. Luis.

—¿Una almohada? ¿Para qué?—dije yo.

—Para que esté usted más blando.

—De ninguna manera.

—Vaya,—replicó D. Lucas—aquí se hace lo que yo quiero.

Pepa trajo la almohada y no tuve más remedio que sentarme encima, con lo cual resultaba colocado a medio metro sobre el nivel de la mesa.

Después de la sopa vino un estofado de carnero con patatas y don Lucas me hizo comer dos platos seguidos.

—¡No puedo más!—decía yo con acento suplicante.

—Si no cena usted, me incomodo—contestaba él.

—Será que no le guste a usted la comida—replicaba la señora.

—Todo lo contrario.

—No lo niegue usted, estará usted acostumbrado a comer cosas más finas, pero no tenga usted aprensión. En esta casa no encontrará usted lujo, pero en cuanto a limpieza, desafío a todas las mujeres de España.

—Ya lo sé, señora.

—Esta es como los chorros del oro—añadió D. Lucas—con decirle a usted que todo lo fría; hasta la carne...

En aquel momento la criada apareció por el foro, conduciendo una fuente llena de merluza frita y D. Lucas me sirvió cuatro rodajas como cuatro ruedas de molino.

—¡Por Dios! Yo no puedo con tanto—hube de decirle.

—O come usted ó perdemos las amistades.

Yo ya no tenía fuerzas para tragar ni para nada; pero el matrimonio se había propuesto aniquilarme con sus atenciones y ella me daba un rabanito, él una aceituna, después una copa de vino, luego dos patas de pollo y así sucesivamente...

De vuelta en mi casa, una hora después, creí que había llegado el fin de mi existencia; todos los obsequios de D. Lucas y señora, se agitaban en mi estómago, produciéndome una revolución que estuvo a punto de llevarme al cementerio.

Desde entonces, cuando pueda dispensar algún favor, lo primero que hago es decir al favorecido:

—¡Por piedad! ¡No me manifieste usted su gratitud de ninguna manera!

LUIS TABOADA

De acuerdo, pero...

Tiene usted que dispensarme si le extraña esta visita que vengo a hacerle, salvando la etiqueta consabida; pues aunque nos conocemos sobradamente de vista, no ha mediado entre nosotros la presentación que obliga a que una señora joven y que no tiene familia, en su casa y de este modo a un caballero reciba... Es un poco aventurado el móvil que aquí me guía y trataré, por lo mismo, de exponérselo en seguida.

...Hace más de cuatro años que no ha transcurrido un día sin vernos, aunque a distancia, por razones de política,

En el café de la Luna y en el turno de Bantista, usted ocupaba una mesa casi enfrente de la mía; y en invierno y en verano, de nueve a doce, hora fija, ninguno, en todo ese tiempo, hemos faltado... a la cita. Nunca he querido tomarme la libertad de seguirla porque usted no me juzgara de una manera torcida y porque yo no sé hacer el oso desde una esquina; pero he tenido la calma y la paciencia grandísimas de estarle esos cuatro años pendiente de la más nimia circunstancia que pudiera llegar a serme propicia.

En el estudio, por MÉNDEZ ALVAREZ



—¿Qué te parece, Gastón?
—¿Qué preguntas! A mí siempre me parece bien tu mujer.

Juzgando por las personas que con usted se reunían, las cuales me han parecido unas personas dignísimas, he deducido cuál puede ser su género de vida: metódica, desahogada, independiente y tranquila. Además, en lo tocante á sus cualidades físicas, tiene usted las suficientes, por no decir *excesivas*, pues son cosas de tal bulto que están saltando á la vista y que hace ya cuatro años las observo, sin malicia, viéndolas siempre lo mismo, cosa que me tranquiliza. Respecto á mí, de seguro habrá notado usted misma que soy un hombre de régimen y de conducta pacífica, refractario á ciertas cosas, sin amigos, sin amigas y disfrutando una renta de seis mil pesetas líquidas con las cuales usted puede contar si las necesita. Siendo, como somos, ambos

de una edad, ya relativa, y por lo tanto incapaces de cometer niñerías, he creído que esta fórmula era la más decisiva, y le pido á usted su mano con la mayor cortesía.

—¡Ay, caballero! Sus frases, que casi me ruborizan, me han llegado á lo más hondo oyéndole con delicia al ver que hemos coincidido aunque parezca mental...
—Luego usted ¿también pensaba?...
—¡Lo mismo que usted!

—¡Qué dicha!
—Usted siempre ha sido el hombre que yo soñé desde niño.
—Según eso, ¿usted me ama?
—Sí, señor; con a me y vida.
No hay más que un inconveniente.
—¿Cuál?

—¡Que yo soy pensionista!
.....
—No hay que apurarse, porque eso puede arreglarse en seguida; yo sigo de *habilitado* y usted... de *jelase pasiva!*

FÉLIX LIMENDOUX

Tardes de invierno.

EL POETA.—Las hojas caen... La naturaleza se viste de luto... La lluvia golpea en los cristales produciendo un tintineo argentino... El viento ruge desencadenado... Tabletea el trueno... ¡Oh, qué bonitas frases! El invierno es la estación de la poesía, de la poesía triste y melancólica, de la poesía verdaderamente artística, como dijo no sé quién... ¡Invierno, recibe mi saludo!

LA MUJER HONRADA.—¡Qué deliciosas son estas tardes de invierno! Así, al amor de la lumbre, que chisporrotea alegremente en la chimenea, jugando con mis niños, que retozan gozosos sobre la al-

fombra, mirándome en las pupilas de mi esposo, que me contempla amante y rendido...

UNA MUJER... DE LAS OTRAS.—¡Gracias á Dios que llegó el invierno! Cuánto me gustan estas tardes brumosas, húmedas, que conviendan al amor... El suelo está encharcado, lleno de barro y suciedad... Mejor: así se lucen bien las enaguas y...

EL AUTOR CÓMICO.—¡Vaya una tardecita!... Hace un aire... que parece un aire... de familia... Llueve... El frío se cuele hasta los huesos. Esto no es frío: es, ¡una frío... lera!

EL CAMARERO.—¡Brrr, qué frío! Así vendrá más gente al café... Más parejas de esas que dan buena propina... ¡Como ellos no miran lo que dan, sino á los ojos de ella!

LA CASTAÑERA.—¡Cuántas! ¡Calentitas!

EL ORADOR.—¡Piensen sus señorías, que en tanto que aquí disfrutamos deliciosas comodidades, en el arroyo tiritan de frío y desfallecen de hambre... (Rumores de aprobación).

EL REPORTER.—Don Fulano, que no está visible... Don Zutano, que está acatarrado... El Ministro, que siente el frío glacial de la crisis... ¿Y qué digo yo en el periódico?

EL MENDIGO.—Para mí, todas las tardes son iguales... Unos, que dan limosna... otros, que dicen con malos modos: «Dios le ampare»... Otros, que ni dan limosna, ni dicen nada...

LA MODISTILLA.—Las cuatro... Y aún no he terminado la capota de la marquesa... ¡Jesús! Qué feliz es ella que tiene tanto dinero y puede gastar tan buenas cosas... Sí... Pero ella no tiene un Arturito, que la quiera tanto como el mío me quiere...

EL GUARDIA.—¿Y en qué se diferencian unas tardes de otras? Salvo que ahora llevamos capote y se ven las pantorrillas á esas prójimas...

UN INDUSTRIAL.—¡A seis reales! ¡Paraguas de seda! ¡A seis reales!

EL FILÓSOFO.—Tarde de invierno... Los árboles se desnudan de hojas, que arrebatada el viento... Así es nuestra vida... Así son nuestras ilusiones... ¡Hojas del árbol caídas!...

EL COCHERO.—Buena tardecita para ganarse unas perras... Eso, si no me la estropea una de esas parejas que no saben ir más que al Hipódromo... ¡y despacio!

EL ESTUDIANTE.—¡Salero! ¿Quiere usted darme ese brazo para que nos quitemos el frío á medias?

YO.—La lluvia y el frío me retienen en casa... ¡Así podré hacer un artículo para MADRID CÓMICO!

AGUSTÍN GARCÍA CANO

A solas, por TUR



—¡Ay, Dios mío! ¿Qué dirá mamá si nos ha visto!
—Nada; recordar sus buenos tiempos.

Con la intención basta.

Fruta del tiempo, por MÉNDEZ ALVAREZ

(CUENTO BATURRO)

—¿Se pué pasar?
—Pasa, pasa.
—Güenos días.
—Hola, Antón.
¿A qué vienes á mi casa?
—A habláde d'una custión.
No sé si usté se figura cual es...
—No.
—Pues m' hi llegao á su casa, señor cura, pa confesále un pecao.
—¡Hola!
—Aquí pa entré los dos estoy triste y afligido porque hi ofendido á Dios y siento habéle ofendido.
—¿Lo sientas?
—Sí.
—Menos mal. Eso atenúa el pecado.
¿Y es éste grave ó venial?
—No sé.
—¿Qué has hecho?
—Hi robado.
—¡Robarl!
—Sí, Naide lo sabe, pero ayer m' hice ladrón.
—Pues eso es grave... ¡muy grave!
¡Eso es gravísimo, Antón!
—Lo mesmo me páice á mí, lo cual que estoy trastornao.
—¿Y á quién le has robado, dí?
—Á Cerilo, mi cuñado.
Salió de casa y asina que se jué, entré en el corral y le robé una gallina.
—Pues hiciste mal... ¡muy mal!
Para que no te condenes por esa villana acción, hoy, á tu cuñado, tienes que devolvérsela, Antón.
—¿Devolvéla?... ¡No pué ser!
—Pues harás un disparate.
¿Por qué no?
—Pues... ¡porque ayer me la comí con tomate!
En cuanto me la comí me dí cuenta de mi acción y, la verdad, lo sentí



—¿Me da usted diez castañas por cinco céntimos?
—Ande vete á la Presidencia del Consejo, que allí te daran de gratis todas las que quieras.

porque yo no soy ladrón.

—¿No mientes?

—Es lo primero que me ha ocurrido robar.

—Salvarte, entonces, espero.

—¿De veras me puó salvar?

—Sí, Dios es condescendiente con todos los pecadores

y á todo el que se arrepiente de sus pasados errores, le perdona. Según veo tú ya estás arrepentido...
—¿Que si lo estoy? ¡Ya lo creo!
—Entonces, no estás perdido. Dáde gracias al Eterno. Tu arrepentimiento, Antón, te ha librado del infierno en la presente ocasión.
—¿Mi arripintimiento?

—Sí.
Con él pruebas que eres bueno...
—Gracias. ¡Si no vengo aquí, me páice que me condenol!
—No cometas la locura de volver á ser ladrón.
—Páselo bien, señor cura.
—Hasta que quieras, Antón.

—¿Se pué pasar?
—Adelante.

Hola, Antón.
—Vengo otra vez á molestarle un instante... perdóneme mi pesadez.
—¿Has hecho alguna locura?
—Sí, que hi giuelto á ser ladrón. Tuve anoche, señor cura, una mala tentación y en casa de mi cuñado me metí por el corral y... la verdá, l' hi quitao otra gallina y un rial.
Vengo á contárselo á usté pa mayor tranquilidad, pues la otra vez me marché muy tranquilo, la verdad...
—¡Hombrel... ¡Me gusta tu calma!
¿No estás afligido, Antón?
—No señor.

—Entonces, tu alma camina á su perdición.

—¿Á su perdición?

—¡Es claro!

—Pues yo estoy muy sastifecho.

—¡Habrás visto descarol!

¿No te aflige lo que has hecho?

—No, No me causa aflicción.

¿Qué ridiez me hi de afligirl!

¿No vé que traigo intinción de golvéme á arripintirl!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY

Sobre el arte dramático, por SANTANA BONILLA



- 1 -

—Porque, en efecto, señores...



- 2 -

el arte dramático está perdido, totalmente perdido.



- 3 -

Y como no surja aquí un Calderón, un Lope ó un Moreto



- 4 -

que escriban obras y metan en cintura á empresas y cómicas,



- 5 -

el teatro cserá en un abismo sin fondo,



- 6 -

ó se convertirá en uno análogo á éste, porque corren para el arte mismas pestíferos.

Como el amor es ciego... por ROJAS



1.—Anda, niño; qué falta poco.



2.—¡A los pies de usted, señorita!



3.—¿Sería usted tan amable que me permitiese tener la madeja?



4.—Oh, qué hermoso es tener la hebra!



5.—¡El amor... siempre el amor...



6.—¡...haciendo disparates!

Un crítico novel.

El Sr. Sagasta, presidente honorario de todos los comités del partido fusionista, ha visitado el estudio del escultor Benlliure en compañía de D. Amós Salvador—otro artista que enciende el pelo—para examinar—á ojo de buen cubero—el jarrón que este artista está modelando por encargo de la República Argentina para regalarlo á la Reina regente.

El Sr. Sagasta, que entienda tanto de jarrones artísticos como de guardar colonias, ha quedado sumamente complacido de la obra de Benlliure, obra que á su juicio y al de D. Amós, por su originalidad y por su belleza llamará la atención de argentinos y españoles.

Ese Sr. Sagasta que desde hace años viene metido á estadista, ahora para entretener sus «ocios forzados» de cesante y en alejamiento del mangleo de la cosa pública, se mete en otra camisa de once varas, en arte, y, con la autoridad que le dá haber sido no sé cuántas veces diputado, expone con una prosopopeya digna de un ex-presidente del Consejo de ministros, su ridícula opinión acerca de cosas que ni le van ni le vienen, exactamente igual que á su pariente don Amós, que aun siendo miembro de la Academia de San Fernando, está tan limpio en estos asuntos como su tío, ó lo que sea, D. Práxedes Mateo Sagasta.

Tienen mucho de risibles las tardías aficiones del conspicuo personaje que dió la puntilla á «nuestro poder ya hundido», como diría don Gaspar Núñez de Arce, autor de varios sonetos que suenan á hueco, por lo demás muy apreciables y especialmente por su sonsonete.

D. Práxedes tenía hasta ahora, una superioridad innegable sobre su difunto colega en mangonías, el Sr. Cánovas (q. e. p. d.): D. Práxedes nunca se había metido en libros de literaturas, ni había hecho una misera y mala octava real. Se había contentado con alcanzar la octava, también real; pero no había pasado de ahí en el arte métrico. En filosofía jamás se había preocupado; ni la *Revista de Ambos Mundos* conocía por el forro. En arte no había pasado de admirar los cuadros que venden en la Puerta del Sol. D. Práxedes no era enciclopédico: era meramente estadista y ex-miliciano.

Por lo demás nada.
¡En qué berengenas le ha zampado su sobrino don Amós Salvador!

Gracias á que para salvar el mal

paso en que se encuentra, tiene el jefe de los fusionistas á su consecuente amigo Ferreras, que le prestará los auxilios espirituales que sean precisos.

El maestro Ferreras, hombre que no se ahoga en poca agua, y que encuentra rigorosamente «simétrico», como él dice, entender de pucherazos y de esculturas y cosas «simétricas» por la primera materia, el barro, pronto dará unas cuantas lecciones á su ilustre jefe y le pondrá en disposición de lanzarse al campo... de la crítica.

Por lo pronto el hombre que posee el peroné más célebre de España, ya sale sumamente complacido de los estudios y asegurará que las obras que ha examinado con el detenimiento y la suficiencia que todos sus partidarios le reconocen, llamarán la atención.

Lo que llama la atención es su prosopopeya, ¡D. Práxedes! Vamos, en confianza, digáselo usted á Ferreras en secreto. ¿Usted ha examinado el jarrón de Benlliure desde el punto de vista artístico, ó como perito en urnas? ¿Es una obra de arte ó es una gran urna para un gran pucherazo?

Sobre este asunto podría el señor Sagasta, inspirado por el señor Ferreras, no por D. Amós, que no es «simétrico» escribir un entretenido artículo sobre arte y el sistema parlamentario, en el nuevo periódico *Gente vieja*.

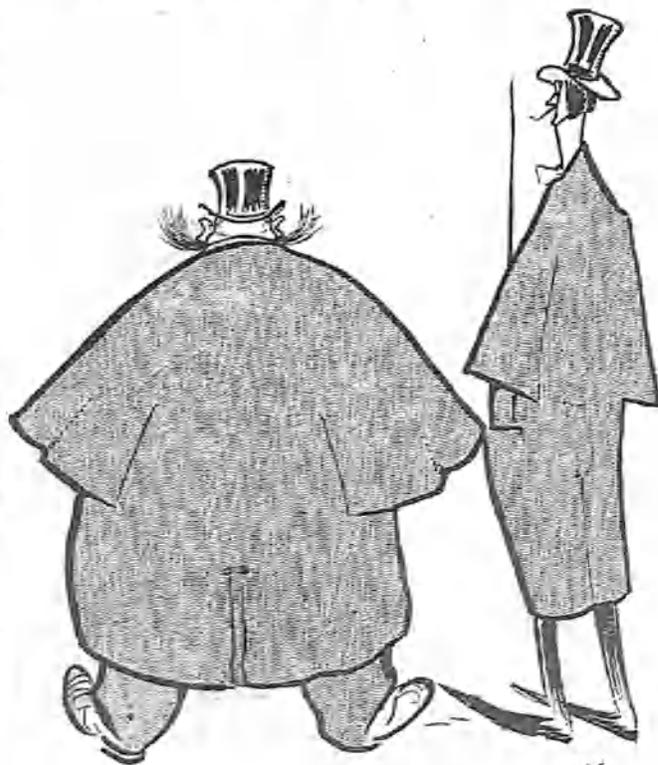
El Sr. Valero de Tornos debe comenzar por darnos á conocer algún viejo de mérito, desconocido é ignorado del público.

La obra sería laudable. El Sr. Valero de Tornos podría encomendar la presentación del novel crítico de arte á Rada y Delgado, que no es un niño, para que le asistiera en la parte técnica, y al maestro Ferreras para que ayudara con las galas de su estilo que siempre rayan á «simétrica» altura.

El público declararía laudable la obra del director de *Gente vieja* y el grupo ganaría con poseer un nuevo ingenio, no gastado, y que no tendría que *refresarse* para dar solaz á sus lectores.

No eche la idea en saco roto el Sr. Valero de Tornos.

Saque pronto á luz al nuevo crítico. Si no la gente que no es vieja achacará á intrigas de D. Federico Balart, justamente temeroso de que D. Práxedes le quite el cetro de la crítica de arte, el que el órgano de tan sesudos varones como los congregados en Pombó, pres-



...y la Bolsa baja y los francos suben...

cinda de la colaboración del señor Sagasta. Sr. Valero, ¡no malogre usted a Sagasta!

Todo lo dicho partiendo del principio de que el maestro Ferreras, como maestro, obtenga permiso del Sr. G. Alix para asistir a don Práxedes en sus futuros partos críticos.
¡Lo primero es la subordinación, Sr. Ferreras!

TOMÁS CARRETERO

«Al embutido imperial»

(PROSPECTO)

«Con el título especial que ante estas líneas se vé y en el veinticinco de la plaza de San Marcial, una gran salchichería se acaba de establecer donde podréis obtener la mayor economía.

Hay longaniza y no es cara: es de una clase excelente, y la damos solamente á dos pesetas la vara.

El que lleve un cargamento, tendrá ventaja importante. De una legua en adelante, se rebaja el diez por ciento.

Vendemos salchichas puras á diez reales de vellón, y á catorce salchichón edoble anchos y sin costuras.

Tenemos unos chorizos imperiales de primera, pues tan sólo de ternera y de cerdo están macizos.

Hay quien tomándolo á broma, dice que de burro son y cree que sin remisión rebuznará el que los coma.

¡Pero qué ha de rebuznar! Eso es gana de mentir. Lo que hará será gruñir y aun, si se quiere, topar.

Tenemos desde hace un mes ricos jamones cortados

de los cerdos más honrados que han nacido en Avilés.

Es muy grande la partida y aun sin jugar al tresillo podemos darle *codillo* á todo el que nos lo pida.

Por dentro son los jamones del color de las cerezas.

¡Qué piezas! Esas son *piezas* que alcanzan siempre ovaciones!

Ya es sabido que no marra nada de lo que ofrecemos.

En esta tienda tenemos la flor de la butifarra.

Sólo su exquisito olor á los muertos resucita.

¡No hay quién la dé más bonita, más barata, ni mejor!

Hay rica manteca fresca en inflados intestinos

y hay magníficos tocinos y hay morcillas de sorpresa.

Lo dicho: ya lo sabéis.

«Al embutido imperial». Plazuela de San Marcial. Teléfono, ciento seis.

«Advertencia conveniente: No confundáis torpemente esta gran salchichería con una peluquería que hay en la casa de enfrentes.

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZÓRIGA

Pálique.

Hace muchos años, cuando yo escribía en Madrid críticas de teatros, el Sr. Cabestany (ó Cabestany; como sea) iba ya para genio. Era el sol que salía, según dijo un crítico de mérito que algunas veces se equivocaba; v. gr. esa.

El *esclavo de su culpa*, el prodigio que revelaba al sol naciente, era, y es, una comedia tan mala como cualquiera que sea mala de veras. Empieza con unos ripios atroces y antidarwinistas, y ya no recuerdo cómo sigue, pero estoy seguro de que acaba mal.

Cabestany sigue siendo enemigo del transformismo; no se transforma, es siempre el mismo, un versificador muy cursi, que mete cosas en los escenarios porque tiene buenas relaciones.

Todos esos chicos que en Madrid y provincias publican su correspondiente tomito de versos de que nadie hace caso, son tan poetas como Cabestany, pero no tienen la suerte de haber reñido con Silvela, que es lo mejor que ha hecho hasta ahora el autor de *El Casino*.

El Casino es otra comedia muy mala de Cabestany. *Caramanchel* nos habla de un Juan Lorenzo, que también atribuye á Cabestany. No sé si será una equivocación de Caramanchel; pero si no es equivocación de Caramanchel, lo será del poeta.

De todas maneras, el *sol que nació* se puso en *Acuario*... de cerrajas; y Cabestany abandonó el teatro por muchos años, y estuvo haciendo de político y de joven bien vestido un porción de tiempo.

Tomó estado, lo cual no es decir que se escapara de casa para meterse en un convento, como podría creer la Sala de la Audiencia de Madrid que entiende así las cosas; se casó Cabestany, y parecía que entre los cuidados de la familia y los de la cosa pública no le dejarían ya nunca tiempo para fatigar á Talía. Pero ¡quién!

Se acordó de la época feliz en que había sido sol naciente, y volvió al teatro. Pero ahora venía con las de Cain, ó por lo menos con las de Sardou. Se decidió á ser un *Monsieur Sans Génie* é instaló una fábrica de folletines representables.

Y empezó á escribir obras de esas que necesitan la colaboración de los muebles del señor duque de Tamames.

Nos dió la... *Bailly Bailliere*; como decía uno, y se vió que era un desecho de tienda de folletín á lo Dumas padre. El poeta-sol sacó á relucir al rey-sol... de novela por entregas. Y ¡oh colmo de la profanación! Racine, Moliere, Corneille... todos los clásicos franceses salían de coristas.

Ahora Cabestany repite la suerte... traduciendo al castellano. No se trata del Luis XIV de munición, sino del Felipe IV sistema Barbieri y Gaztambide. Sí, eso son las comedias *históricas* de Cabestany; zarzuelas... sin música, pero con muebles de la época... y de Tamames.

Ahora, en la última *zarzuela seca* que Cabestany acaba de estrenar, salen de comparsas Calderón, Quevedo y otras personas respetabilísimas.

Bueno, pues eso no se debía consentir.

Que para atraer al público distraído, se moleste al simpático prócer antes nombrado, y se le saquen de casa multitud de muebles (y ya sabe el señor duque que, como dice el refrán, dos estrenos de Cabestany equivalen á un incendio), todavía puede tolerarse, si, en efecto, Tamames lo tolera.

Lo que no es lícito es tratar á Velázquez, á Quevedo, á Calderón como si fueran consolas ó armarios. Los muebles se estropean menos con las mudanzas, que estos grandes hombres con los ripios ajenos

«Ni clavel, ni hermosa flor»

así dice un verso de la última comedia de Cabestany. Y á lo mejor es Calderón el encargado de *producirse* de esa manera. ¡No se puede consentir!

Cuando un hombre quiere juntar en un mesón á Felipe IV, su mujer, Villamediana, Calderón, Velázquez, Quevedo y otros *golfos* así, debe hacerlo cobijándose bajo el pabellón de Chueca.

Yo no me escandalizaría aunque viera á Isabel II, Quintana, Argüelles, Olózaga, etc., riñendo en la posada del Peine, si todo eso lo autorizaba la música de un Bizet local, de un Arrieta redivivo.

Cuando Felipe IV, es el Felipe IV bajo ó baritono que todos conocemos, ó se le hace cantar... ó al foso...

Y ahora se nos amenaza con un *Nerón* de Cabestany.

¿Con muebles de Tamames también? ¿Con que *Nerón* nada menos? ¿Conque Cabestany se siente *Quo vadis* también?

Pensando lo mejor; que Cabestany se haya *inspirado* en el célebre *Nerón* del famoso dramaturgo italiano, siempre resultará una profanación arqueológica.

Protesto en nombre de la familia Julia, protesto en nombre de Tácito...

Y aconsejo al Sr. duque de Tamames, que no preste muebles para *Nerón*. Porque arderían en el incendio de Roma, que tanto incremento tomará con los ripios y las *latas* líricas de Cabestany.

CLARÍN

«Los monopolios», por ECHEVARRÍA



—¿Cómo es que váis á rubir el café?
—Porque lo echamos tabaco para darle color.

Desde la primera caja.

[HABLADURÍAS TEATRALES]

Sr. Director de MADRID CÓMICO

Mi querido amigo: He leído varias veces su cariñosa carta y le confieso con la mano sobre el pecho, que me sorprenden mucho sus alardes de bondad y sus exageradas condescendencias.

Me comunica usted que el distinguido primer actor de la Princesa, señor Muñoz, se ha sentido mortificado por una frase de dudoso gusto, escrita en el primer párrafo de mi artículo anterior y añade que los señores Perrín, Barraycoa y Galé, aunque no se lo han manifestado directamente, han sufrido también por la susodicha frase, contrariedad vivísima, pues por referencias respetables le consta.

Aunque en su carta, abundante de conceptos hiperbólicos respecto a mi humilde personalidad, no solicita de mí una rectificación concreta, yo quiero darla y a los cuatro vientos, pues nada hay que reguñe tanto a mi carácter como el que se suponga en mi deliberado propósito de molestar a nadie.

Conste pues, que esa frase de dudoso gusto, — como usted la califica — queda totalmente retirada, pero conste también que la frase se aplicó a los burladores del día (a los Tenorios) nunca a los actores encargados de interpretar el legendario personaje, pues éstos (los actores) me merecen y me han merecido siempre el mayor respeto en su vida privada.

¿Pretende usted que sea aún más explícito? Pues si usted lo desea ampliaré mis concesiones hasta el terreno artístico, diré que los señores Perrín, Muñoz, Barraycoa y Galé, han eclipsado a Calvo y Vico en el Tenorio y que su *savoir faire* ha superado a la grandiosa labor artística de D. Carlos Latorre y de D. Pedro Delgado.

Pero ahora viene la segunda parte, ¿me creará el público si tal digo? Admito de usted y de todo el que sea medianamente versado en literatura, los consejos técnicos que tengan a bien darme, pero de nadie puedo admitir consejos de urbanidad, porque esta ciencia me es sumamente conocida. La estudié bien en los primeros años y la sé de memoria.

Digo esto, a propósito del último párrafo de su carta en el que a vuelta de hábiles eufemismos me acusa usted de descortés con una eminente actriz, a la que según dice, profesa tanta amistad como admiración.

Yo no tengo la culpa de que se interpreten mal mis ideas; claro es que no las expresé bien, porque soy poco ducho en el manejo de la pluma, pero usted, cuya excelente labor periodística le ha acreditado de escritor de nota, pudo muy bien corregir la forma y aclarar el concepto.

Seguiré al pie de la letra su consejo y de ahora en adelante suprimiré lo que usted llama *alfilerazos* sin renunciar por ello a la *salvaje independencia* — frase suya también — que me concedió cuando me encargué de estas crónicas teatrales.

Sabe que a pesar de todo, le quiere y le admira de verdad,

UN PAISANO DE RAMÓN

Un paisano de Ramón es injusto conmigo. Yo le comunicaba que el Sr. Muñoz se había acercado a mí en forma correctísima, para preguntarme si el autor del artículo pretendía zaherir su dignidad personal con una frase de dudoso gusto, sobreentendida en el párrafo primero de su Crónica y que yo, conociendo el espíritu que anima siempre a mi amigo y maestro, me había adelantado a negar la intención supuesta y a prometerle, por parte suya, una aclaración concreta.

Nunca me atreveré a «meter mi pluma» en ningún trabajo de Un paisano de Ramón, pues audacia inexplicable acusaría profanación semejante. En sus escritos pueden aprender muchas cosas literatas que de eruditos se precian y creo firmemente que su ingenio y su cultura corren parejas con su caballerosidad por nadie puesta en duda.

En círculos y saloncillos teatrales se ha generalizado mucho la creencia de que son míos los artículos que firma Un paisano de Ramón. Dejo circular la especie porque tal suposición me halaga muchísimo

[Lástima que no se crea también que *La Divina Comedia*, es cosa mía! Mi conciencia está tranquila. Creo haber interpretado fielmente el pensamiento de Un paisano de Ramón al publicar la carta que me envía y siento que por falta de espacio en estas columnas, no pueda ir en el presente número una sabrosísima crónica por él escrita a propósito del estreno de *La Reina y la Comediante*. En el próximo, si él no lo impide, se publicará.

José de la Loma

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ROLANDO. — Bilbao. — No puedo complacerle. Estudie detenidamente la Historia de España y verá que Alejandro Farnesio es muy posterior a Felipe II. Al poeta se le permiten grandes libertades, pero la de alterar así el tiempo y los sucesos, me parece demasiada libertad gobernando Azcárraga.

UN MARIDO FIN DE SIGLO. — Madrid. — Dice usted:

*Dice Juana que su esposo
es campido caballero
que no tiene dinero
pero en cambio es muy hermoso.*

Pase lo de la falta de metales, lo que no puede pasar es la falta de una sílaba en el tercer verso y la *m* ó la *v* de la palabra *campido*. Si está bien con la *v* ¿para qué la *m*? Si está bien con la *m*, ¿para qué la *v*?

*¡Si votos para qué rejas!
¡Si rejas para qué votos!*

UN ASTORGANO. — Astorga. — No publico su elogio a Pérez Zániga, porque es fácil que al leerlo enfermase de gravedad.

EL MEJOR ANTISÉPTICO, el más agradable, el más barato dentífrico, es el *Litor del Polo de Orive*, 1.º premio en el IX Congreso de Higiene Internacional.

LÓCULO. — Bilbao. — Una oda a Zumalacárregui, estando suspendidas las garantías constitucionales, sería desafiar la cólera de los señores que nos gobiernan, Señores de escapulario y medalla como usted sabe perfectamente.

B. II. A. — Barcelona. — Vaya el soneto, para que no me juzgue implacable.

A MELLA

*Saliste de Madrid como la fiera
perseguida por feroces sabueso
y logrando burlar con tu gran seso
a la vigilancia ruin y bullanguera.
Dios permita que aplasten la sesera
de este gobierno que tan mal trata
y que un suplicio al estirar la pata
sienta por dentro lo mismo que por fuera...*

No tengo valor para continuar copiando.

Los tercetos que siguen ponen pánico en el alma.

M. V. DE A. — Bilbao. — Impropia del periódico y cursi en demasía. Esas cosas del amor caen en el ridículo, cuando la mano que las guía carece de experiencia. ¿Entiende usted?

B. B. — Madrid. — Descuidadilla la forma.

P. A. DE V. — Badajoz. — No puede ser, y no es que esté mal hecha, pero en el fondo... nada entre dos platos.

A. C. H. — Madrid. —

*¡Fuego contra el carlismo!
¡Dinamita contra el clero!
¡Puñales contra Vadillo!*

Bueno, bueno, bueno, bueno.

PELOTTILLA. — Valencia. — Esa incorrecta quintilla no vale una pelotilla.

X. X. X. — Alcalá. — Las otras se publicaron. Las que ahora envía se publicarán cuando las llegue su turno.

X. Y. Z. — Toledo. — Atreviño, indecoroso y tonto de remate. ¡Qué desgracia!

P. B. C., L. O. A., CAMPANITA Y RUFIANESCO. — Madrid. — J. B. — Rosario de Santa Fé. — TABLUCAS. — Astillero y RIBELLOT. — Lérida. — No sirve ninguna. Beso a ustedes la mano.

M. M. C. — Madrid. — Entra en turno. Corregiremos pequeños defectillos.

E. G. — Madrid. — *Juerga fracasada*, es excesivamente larga. Si la publicáramos llenaría un par de páginas.

MADRID: 1900. — Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

UNION POSTAL

— Un año, 15 pesetas. —

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25

Anuncios extraños: Ptas. 0,25 líneas de 45 m/m

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas. — Sem. id., 4,50. — Año, 8.
PROVINCIAS
— Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 líneas de 45 m/m

Madrid Cómic
ORIGNAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

LO MEJOR
PARA EL PELO**PETRÓLEO GAL**ECHEANDÍA
2, Arenal, 2

